

¡Hoy es San José!

En este día del año, como todos los 19 de marzo, celebramos la fiesta de San José. Qué digo “fiesta”: ¡Solemnidad! Utilizar esta palabra nos ayuda a darnos cuenta de que la celebración de hoy es muy, muy importante. ¿Y por qué es así? Dejarme que os explique alguna cosa para entenderlo mejor. Y para ello, quiero empezar recordando una conversación que tuve en el colegio hace ya tres o cuatro años. Resulta que un día estaba yo hablando con una niña en el recreo de primaria. Ella (que ahora está ya en secundaria y si lee esto sabrá enseguida que hablo de ella), me comentó muy indignada que no entendía porqué no se hablaba más de San José. Que estaba muy bien hablar de Jesús y de la Virgen María, claro que sí, pero que tendríamos que hacerle más caso a José, que estaba ahí el pobre como olvidado. Yo, como es lógico y como me sucede muchas veces con las cosas tan certeras que me dicen los niños, no pude menos que darle la razón. Y ahí quedó la cosa.

Más o menos dos años después me invitaron a participar con una ponencia en una jornada de estudio sobre el tema de la paternidad, y me pidieron partir de una preciosa exhortación apostólica que escribió el Papa San Juan Pablo II en 1989, titulada: “El custodio del Redentor” (*Redemptoris custos*). ¿Sabéis lo primero que hice cuando me propusieron el tema? Pues sí, me fui a hablar con esta niña, para pedirle que me diera alguna pista sobre lo que podía decir. Y ella, que se alegró muchísimo por el hecho de que a alguien por fin se le hubiera ocurrido algo tan evidente, me entregó dos días después un papel escrito de su puño y letra en el que relataba lo que sabemos del santo por los evangelios, para que pudiera leerse a los que fueran a escucharme. Digamos que escribió para mí la ponencia. No me resisto a compartir el inicio de su relato, transcrito ahora mismo del original que conservo como un tesoro y que tengo ante mí:

«Bueno, lo primero de todo buenas tardes a todos. Ya que en misa no se habla mucho de San José, y yo soy sacerdote, os voy a hablar durante una hora de San José. Como debéis de saber era el esposo de María, una joven de unos trece años, ya que en su época se casaban muy pronto. Era carpintero como su padre, y era un carpintero muy bueno, ya que en casi todo su pueblo se hablaba de él...».

Sé que alguno os estaréis preguntando qué hice yo con aquel escrito. Pues sí, me lo llevé el día de mi intervención y comencé mi ponencia hablando de los niños de nuestro colegio y de la autora de aquel texto, que mostré al nutrido auditorio que tenía delante.

La sencillez de los niños nos ayuda a entrar en el misterio de la persona y de la vida de San José. Y aunque nos parezca que tenemos pocas noticias suyas, sin embargo es precisamente su discreción la que con mayor profundidad nos permite conocerlo. Como decía Juan Pablo II en la exhortación que antes os citaba: “El silencio de José posee una especial elocuencia”. Mucho podríamos decir sobre él, pero yo quiero destacar sólo dos cosas, que quizás nos puedan dar luz en este tiempo de aislamiento en el que nos hayamos inmersos.

La primera es su humildad para acoger el mensaje que le trae el ángel en la extraña e incomprensible situación que se le presenta en su vida, ante el embarazo de su prometida. El mensajero del Señor le desvela el camino para seguir adelante cuando él ya había pensado apartarse prudentemente de semejante misterio: *No temas*. No tengas miedo, le dice en sueños aquel que viene para sostenerle en el sinsentido. “No temas tomar contigo a María, tu mujer, porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo” (Mt 1, 20). ¿Cómo entender semejante afirmación? Sólo hay un camino para ello, y es el de la confianza, el de fiarse de aquel que le dirigía tan exigente propuesta. Es como si ante un futuro incierto, ante el que no era posible encontrar la propia seguridad en uno mismo, hubiera escuchado: *no estás solo, confía en mí*. No tengas miedo, nos dice a cada uno el Señor en este inesperado 19 de marzo de 2020 por medio de San José; *no temas, yo estoy contigo*.

En otras palabras, José comprende que su vida no es propiedad suya, y la vive en clave de vocación. Hay una llamada de Dios que pide la acogida por parte de José de un plan que trastoca su vida entera, y que le permite vivir con alegría y sin temor en medio de las dificultades, por la certeza de saber en quién había puesto su confianza. Esto es algo que puede verse en los acontecimientos que recoge el Evangelio, y que José vive en primera persona.

Y esto nos pone en la pista de la segunda cosa que me gustaría compartir hoy con todos: San José encuentra el sentido de su propia vida en vivir entregándose, donándose a sí mismo a aquellos que han sido confiados a su custodia. No hace mucho pasamos un curso entero en el colegio bajo el lema: *La vida es un don que se realiza cuando se entrega*. Así lo experimentó José, en el día a día de su existencia cotidiana, en el trabajo, en casa, en las tareas concretas, en su relación con María y Jesús, con sus vecinos... por ello José se convierte en padre, porque no vive para sí mismo. Como decía Vittoria Maioli en su libro: *Padres e hijos. La relación que nos constituye*: “La paternidad es una característica del adulto en cuanto tal, especificada como capacidad de *ser para*, de *dar la vida por*”.

A San José, patrono de la Iglesia universal, nos encomendamos en estos días inciertos. Y unidos a él nos ponemos en manos de María, nuestra Madre. Podemos hacerlo con la oración que nos ha propuesto el Papa Francisco:

«Oh María, Tú resplandesces siempre en nuestro camino como signo de salvación y esperanza. Nosotros nos encomendamos a Ti, salud de los enfermos, que ante la Cruz fuiste asociada al dolor de Jesús manteniendo firme tu fe. Tú, Salvación de todos los pueblos, sabes lo que necesitamos y estamos seguros de que proveerás para que, como en Caná de Galilea, pueda regresar la alegría y la fiesta después de este momento de prueba. Ayúdanos, Madre del Divino Amor, a conformarnos a la voluntad del Padre y a hacer lo que nos dirá Jesús, que ha tomado sobre sí nuestros sufrimientos. Y ha tomado sobre sí nuestros dolores para llevarnos, a través de la Cruz, al gozo de la Resurrección. Amén.

Bajo tu protección, buscamos refugio, Santa Madre de Dios. No desprecies las súplicas de los que estamos en la prueba y líbranos de todo peligro, ¡oh Virgen gloriosa y bendita!».